

DOMINGO XXII DEL TIEMPO ORDINARIO. Ciclo A.

LECTURAS

1ª LECTURA

Lectura del profeta Jeremías (20,7-9)

Me sedujiste, Señor, y me dejé seducir; me forzaste y me pudiste. Yo era el hazmerreír todo el día, todos se burlaban de mí. Siempre que hablo tengo que gritar: "Violencia", proclamando: "Destrucción". La palabra del Señor se volvió para mí oprobio y desprecio todo el día. Me dije: "No me acordaré de él, no hablaré más en su nombre"; pero ella era en mis entrañas fuego ardiente, encerrado en los huesos; intentaba contenerlo, y no podía.

Palabra de Dios

Salmo responsorial (62)

Mi alma está sedienta de ti, Señor, Dios mío.

Mi alma está sedienta de ti, Señor, Dios mío.

Oh Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo, mi alma está sedienta de ti; mi carne tiene ansia de ti, como tierra reseca, agostada, sin agua. **R.**

¡Cómo te contemplaba en el santuario viendo tu fuerza y tu gloria!
Tu gracia vale más que la vida, te alabarán mis labios. **R.**

Toda mi vida te bendeciré y alzaré las manos invocándote.
Me saciaré como de enjundia y de manteca, y mis labios te alabarán jubilosos. **R.**

Porque fuiste mi auxilio, y a la sombra de tus alas canto con júbilo;
mi alma está unida a ti, y tu diestra me sostiene. **R.**

2ª LECTURA.

Lectura de la carta a los Romanos (12,1-2)

Os exhorto, hermanos, por la misericordia de Dios, a presentar vuestros cuerpos como hostia viva, santa, agradable a Dios; éste es vuestro culto razonable. Y no os ajustéis a este mundo, sino transformaos por la renovación de la mente, para que sepáis discernir lo que es la voluntad de Dios, lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto.

Palabra de Dios

Mateo 16,21-27

En aquel tiempo, empezó Jesús a explicar a sus discípulos que tenía que ir a Jerusalén y padecer allí mucho por parte de los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, y que tenía que ser ejecutado y resucitar al tercer día. Pedro se lo llevó aparte y se puso a increparlo: "¡No lo permita Dios, Señor! Eso no puede pasarte." Jesús se volvió y dijo a Pedro: "Quítate de mi vista, Satanás, que me haces tropezar; tú piensas como los hombres, no como Dios." Entonces dijo a sus discípulos: "El que quiera venirse conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga. Si uno quiere salvar su vida, la perderá; pero el que la pierda por mí la encontrará. ¿De qué le sirve a un hombre ganar el mundo entero, si arruina su vida? ¿O qué podrá dar para recobrarla? Porque el Hijo del hombre vendrá entre sus ángeles, con la gloria de su Padre, y entonces pagará a cada uno según su conducta."

MONICIONES Y ACCIÓN DE GRACIAS

MONICIÓN DE ENTRADA

Aunque la inercia del verano tal vez nos siga pidiendo descanso, lo cierto y verdad es que poco a poco hemos de volver a recuperar el pulso de nuestra vida pastoral. Con todas sus cosas buenas, por desgracia el verano también ralentiza nuestro camino de fe, llegando incluso no pocos cristianos a faltar a sus deberes y compromisos. A principios de septiembre somos llamados de nuevo por el Señor a recuperar la pasión por seguirle. Escuchemos su voz y comencemos con ilusión el curso pastoral. Que esta ilusión se exprese en la alegría con la que estamos invitados a celebrar esta primera Eucaristía de septiembre.

MONICIÓN A LAS LECTURAS

Dios nos llama con contundencia, sin rodeos, como lo hizo con Jeremías y Pedro. Nosotros hemos de responder con sinceridad a esa llamada, ofreciendo nuestras vidas a la causa del Reino de Dios, sacrificando incluso nuestra propia voluntad, porque sabemos que, aunque parezca una paradoja, es la mejor forma encontrar la dicha en este mundo y la vida eterna cuando lo dejemos. Sigamos al Señor escuchando su Palabra con humildad. Que esta palabra nos ayude a discernir lo bueno para no apartarnos nunca del camino de la fe.

ACCIÓN DE GRACIAS

Gracias, Padre, por no cansar de llamarnos a seguirte, incluso aunque el mundo se haga sordo a tu llamada. Gracias por todas las vocaciones que generosamente han puesto sus vidas al servicio de tu causa. Gracias a ellas nosotros hoy podemos vivir la fe que alienta nuestras vidas. Nunca te canses de llamarnos, así como de avivar nuestro corazón dormido y nuestras vidas acomodadas. Que esta llamada encuentre eco en esta sociedad que parece darte la espalda mediante nuestro testimonio valiente.

ORACIÓN DE LOS FIELES (peticiones)

- Sigue seduciendo, Señor, nuestras vidas, como sedujiste a Jeremías, los profetas y los apóstoles. Sigue llamando a nuestra puerta sin descanso hasta que te respondamos con generosidad. TE LO PEDIMOS, SEÑOR.
- Por todas las personas que habiendo sido llamadas por Dios y respondiendo en un primer momento con ilusión, han perdido la pasión por tu seguimiento y ahora viven una crisis. Ilumina, Señor, sus vidas, para que no se aparten de tu voz. TE LO PEDIMOS, SEÑOR.
- Ayúdanos a entender y fortalecer el espíritu de sacrificio y entrega por los demás, priorizando los deberes sobre los derechos como la mejor forma de hacer la vida más fácil a nuestros prójimos. TE LO PEDIMOS, SEÑOR.
- Sigue ayudando a tu Iglesia para que ésta sea una verdadera comunidad de testigos de la alegría de Evangelio. TE LO PEDIMOS, SEÑOR.
- Ayúdanos, Señor, en el comienzo de este nuevo curso, a discernir lo mejor para nuestra comunidad, a realizar siempre tu voluntad y a encontrar el mejor camino para ser una verdadera comunidad parroquial que exprese la alegría de la fe. TE LO PEDIMOS, SEÑOR.

HOMILÍA

No es difícil sentir en este mundo el empuje de las pasiones y los instintos. Vivimos en un mundo que enciende fuegos que abrasan sin tiempo para calentar y ciegan sin tiempo para alumbrar. La vocación es otra cosa. Ciertamente, es difícil entender una vocación sin pasión, sin ese fuego ardiente que consume los huesos, como dice Jeremías; pero no se trata de una pasión romántica basada sólo en ideales, sino de algo mucho más profundo.

En el ámbito espiritual es importante saber distinguir el fuego que aparece en algunas experiencias religiosas. Suelen ser sensaciones embriagadoras, pero superficiales y un tanto inmaduras. Discernir la propia vocación requiere mucho tiempo, a veces muchos años. La auténtica vocación únicamente es percibida desde el seguimiento de Jesús, y como todo seguimiento supone saber superar etapas sin querer llegar a la meta mediante atajos.

La biblia está llena de estas experiencias de búsqueda: desde Abraham que deja su tierra y lo conocido, confiando en una promesa que siente en su corazón, hasta los discípulos de Jesús que lo dejan todo para seguir a ese hombre desbordante de un amor incomprensible. Es también la experiencia de Moisés, que fracasado en sus caminos encuentra una zarza que arde sin consumirse; o la experiencia de Jeremías y los profetas, casi obligados a la fuerza a vivir por y para el Señor a pesar de los sufrimientos que ello conllevaba.

En todas estas experiencias vemos un común denominador a toda vocación verdadera: la propia entrega, el sacrificio. Se trata de una entrega nada espectacular ni brillante, porque el amor no se demuestra en un instante, sino durante toda una vida. Es fácil decir “te quiero” movido por un impulso emocional; lo difícil es decir “te quiero” con el corazón, día a día, haya emociones o no, recompensa o desagrado. Se trata de aprender a decir “te quiero” con la entrega de la propia vida, recibiendo a cambio indiferencia, crítica, envidia o rechazo. Esto sólo es posible mediante una profunda actitud de seguimiento del Señor, aceptando con humildad sus correcciones y con fe los fracasos y caídas.

Sin duda nuestro modelo es Jesús y su forma clara de hablar, sin rodeos; él no engaña; desde el principio vincula el camino de la libertad y la salvación con el camino del sufrimiento y la cruz. Duras palabras estas, “sufrimiento” y “cruz”, que no hay forma de encajarlas en la sociedad hedonista, conformista y superficial en la que vivimos. El problema es que, aunque las neguemos, están ahí a poco que abramos los ojos y miremos la realidad cara a cara, sin esconder ni enmascarar lo que vemos. Jesús destapa esta realidad, aunque sea incómoda.

Pedro, sin embargo, no habla abiertamente, sino que corrige a su propio maestro a escondidas. Pedro no sólo no quiere ver la realidad, sino que no quiere que nadie la vea, y por ello se esconde para hablar con Jesús. La reacción de Jesús es durísima, porque el proceder de Pedro, como el del mundo, es un verdadero peligro para el seguimiento.

Para ganar la vida y para que haya vida, alguien tiene que “perder” la suya. No hay más camino para la salvación que cargar con la propia cruz. Miremos a las familias unidas y descubriremos que en la sombra siempre hay una madre, un padre o unos abuelos que calladamente forjaron los cimientos de su casa con sufrimiento y fatigas. Miremos la sonrisa de un niño en un país empobrecido y descubriremos detrás de ella el esfuerzo de tantas personas para que dicha sonrisa no se apague, aunque ellos tengan que llorar a escondidas. Miremos una vida recién nacida del dolor de la madre o una reconciliación que ha vencido el orgullo y la cerrazón de los que antes estaban enemistados. En toda vida hay siempre una semilla de cruz enterrada. Negar esta semilla y entregarse en las manos de lo fácil, lo cómodo o lo superficial es obstaculizar el camino de Dios. Por eso Dios es tan contundente cuando algo se interpone entre él y los suyos.

Podemos preguntarnos, ¿Cuál es mi cruz? ¿En dónde y a qué me siento llamado para dar la vida? ¿Qué llamada arde sin consumirse en mis huesos y, a pesar del tiempo, no se apaga? Dios siempre llama de forma sutil, pero constante; nunca se cansa porque sabe que su fuerza no busca derribar a nadie, sino enseñar que en toda caída hay una fuerza poderosa que nos empuja a levantarnos, levantando también a los demás.